

Pelayo Pérez García y su amor por la filosofía

Diana Gumiel. Universidad Autónoma de Madrid (UCM, España)

Recibido 23/08/2025 • Aceptado 01/09/2025

Resumen

La desaparición de Pelayo Pérez García, marca un antes y un después en la historia de *Eikasía*. Su tarea personal en la antropología filosófica, como en el relevante papel de abrir la publicación a una multiplicidad de investigadores variados, es encomiable. Su análisis de la relación entre mente-cuerpo y su entorno nos lleva a una reflexión sobre la influencia del humano en dicho ambiente. Llevando a una reflexión sobre el impacto del mismo, sobre *lo obvio*, aquello que no podemos negar existe. La transformación y manipulación entre nosotros y el medio, se produce por ambos lados, el exocerebro será un tema central para dicho proceso.

Palabras clave: Pelayo Pérez García, *Eikasía*, *Revista de Filosofía*, antropología filosófica, mente-cuerpo, lo obvio, exocerebro.

Abstract

Pelayo Pérez García and his love for philosophy

Pelayo Perez Garcia's passing, marks a turning point in the history of *Eikasía*. His personal work in philosophical anthropology, including his important role in opening the publication to a wide range of researchers, is commendable. His analysis of the relationship between mind-body and the surrounding environment leads us to reflect on the human influence on this environment. This leads to a reflection on its impact, on the obvious, which we cannot deny exists. The transformation and manipulation between us and the environment occur on both sides, and the exocerebrum will be a central theme in this process.

Key words: Pelayo Pérez García, *Eikasía*, *Philosophy Journal*, Philosophical Anthropology, Mind-Body, The Obvious, Exocerebrum.

Pelayo Pérez García y su amor por la filosofía

Diana Gumiel. Universidad Autónoma de Madrid (UCM, España)

Recibido 23/08/2025 • Aceptado 01/09/2025

No hay deber más necesario que el de dar las gracias.
Marco Tulio Cicerón

Pelayo Pérez García sintió el mordisco de la serpiente, como todos los que amamos la filosofía, que inoculó el deseo en él, por saber más sobre esta disciplina, como todos los que lo sentimos, se convirtió en parte de su ser. Tras pasar por una etapa de su vida donde la literatura formó parte central de su vida intelectual, tras estudiar filosofía y unos años de hiato, volvió a retomar contacto con Gustavo Bueno para dedicarse de lleno a la filosofía, compaginándolo con su trabajo asistiendo a la sociedad, en el campo de la salud. Así, su cometido por curar física y filosóficamente se convirtió en su misión vital.

Por tanto, Pelayo decidió tomar medidas y contribuir al desarrollo y divulgación de la disciplina amada, de la manera tradicional, abriendo un campo de investigación y desarrollo para todos, incluyendo a aquellos que, como él, no se ganaban el sustento enseñando en una universidad. Fue una vuelta a los orígenes de la disciplina, los grandes filósofos, los de renombrada celebridad, no fueron en su gran mayoría profesores universitarios, no estaban circunscritos a unas normas establecidas. Sino que podían dedicarse a sus pasiones e intereses intelectuales y centrarse en los problemas que, verdaderamente, les interesaban, ninguno impuesto por la satisfacción de unos requisitos académicos para obtener un título o mantener un trabajo.

Ciertamente, los antiguos no estudiaban unos cursos de doctorado, no acumulaban créditos, como quien va a la compra con una lista, en cambio ellos escribían cartas o libros en respuesta a temas contemporáneos, sin que hubiese un intercambio económico por ello. Con esta decisión, Pelayo permitió abrir una puerta a la verdadera innovación, al desarrollo de una investigación en sí exclusiva y minoritaria, admitiendo la publicación de grandes investigadores, que aportaban una visión fresca y no preceptiva de la especialidad que todos los que la han estudiado aman. Contribuyendo así a un desarrollo y a una apertura que mantienen la búsqueda de la

sabiduría alejada de otros intereses, ya sean políticos, económicos, académicos, normativos o de cualquier otra índole, orientados más allá del amor a la sabiduría. La filosofía y todos sus amantes estamos en deuda con Pelayo.

Dar voz a quien está fuera de las instituciones académicas no fue el único objetivo de Pelayo, también lo fue compartir a grandes filósofos actuales, como Bueno, Ricardo Sánchez Ortiz de Urbina y Marc Richir, pero también aclarar interpretaciones sesgadas de otros sobre ciertos temas candentes, aportando una visión personal y relevante sobre los mismos. El materialismo fenomenológico, definido por Urbina, que indudablemente está entrelazado con el, ya propuesto por Bueno, denominado «materialismo filosófico», se difundió en mayor medida con la gran labor de nuestro homenajeado por su gran tarea de publicación, propagación, aclaración y por el espacio creado para un desarrollo mayor del campo de estudio. Además, con *Eikasía* se produce una tarea encomiable, puesto que rompe barreras geográficas con la publicación en línea de dichos artículos y en distintos idiomas. Todos estos descubrimientos, estas corrientes y nuevas ideas, están al alcance de cualquiera en el mundo gracias al Internet. El camino que abrió Pelayo con la dirección de la revista electrónica, arduo y lleno de vicisitudes, se allanó para los futuros gerentes de la misma, que se encontrarán con una tarea más fácil y un reconocimiento tanto nacional como internacional ya cimentado.

Indudablemente, sus investigaciones sobre el ego transcendental abren un camino para futuras pesquisas, puesto que sus acertadas líneas de exploración académica nos encauzan a una ulterior reflexión. Así, la relación entre *lo obvio*, aquello que *está ahí*, *ante los ojos*, *ante la mano*, se desvincula de nuestros estados subjetivos cuando ya forman parte de otros sentimientos que pueden nublar o desvirtuar nuestra capacidad intelectual, como la inquietud o el escepticismo. Pero ¿qué seríamos sin la duda? Habría que añadir que la distancia temporal también nos distancia de lo obvio para nublar nuestro entendimiento, puesto que la cotidianidad hace que nuestros recuerdos se impongan ante la realidad fehaciente. Todos tenemos experiencias de haber puesto las llaves «donde siempre» para, en algún momento de crisis, no encontrarlas. Por tanto, lo obvio se convierte en incierto y nos lleva a la duda, en estos momentos tan peculiares, casi siempre acompañados por un momento de apuro.

Es indudable que nuestros afectos tienen una influencia en nuestra manera de percibir el mundo, especialmente en un momento de crisis, pero, sin dichos recuerdos nuestra existencia se tornaría completamente inviable, no podríamos cumplir ni las tareas más básicas para nuestra existencia, cada mañana repetimos nuestra rutina que nos prepara para el resto del día, si tuviésemos que reaprender cada día no podríamos construir ningún conocimiento ulterior. El uso de la memoria es fundamental para nuestro desarrollo, especialmente para una reflexión filosófica debido a la necesidad de un conocimiento cimental que sirve de base para que entendamos el mundo. La contrapartida es que, debido a nuestra naturaleza imperfecta, nuestra retentiva es incompleta también. Añadiendo el hecho de que hay otros elementos en juego, nuestras afecciones nos llevan o podrían llevarnos a una vorágine tal que nuestras percepciones y recuerdos se distorsionen.

De ahí que Pelayo titule su artículo «El cerebro en su laberinto» (2007c), necesitamos nuestro cuerpo, incluido el cerebro, para darnos cuenta de lo que sucede a nuestro alrededor, pero, a la vez, se convierte en una trampa aislante que nos impide percibir de manera clara y sin equivocaciones lo que ocurre fuera de mí. Al descubrirnos a nosotros mismos, nuestra aprehensión se ve imbuida de otros conceptos y del hecho de descubrirnos a nosotros mismos y nuestras habilidades personales. Casi parece inimaginable el hecho de que saquemos algo en claro, esto se debe a la solidez de la realidad ajena a mí y a mi robusta capacidad para inteligirla. La mayoría de las veces nos enfocamos en lo difícil que es comprender la realidad, centrándonos en las dificultades a las que nos enfrentamos, olvidando que hay una estable capacidad intelectual para pergeñar que nos guía y no nos abandona. Además de que la realidad es indudablemente poderosa por sí misma y no se ve afectada por las reflexiones que nosotros como humanos podamos hacer de ella. Medimos todo según nuestras propias reglas, así como nosotros nos conformamos según las experiencias vividas, la realidad debe seguir las mismas reglas, pero no es del todo cierto. Si bien podemos transformar otros elementos que conforman el mundo exterior, la realidad en sí es inmutable y no depende de nuestras opiniones.

No obstante, existe una consecuencia directa entre nuestra propia creación y la «historia» de la que ignoramos ser los autores, y de esa “mente” que se situaría entre el cerebro y las figuras y momentos históricos mismos. Si la “naturaleza” forma parte

de lo inconsciente, la historia contiene las formas que a nuestras espaldas cristalizan como modelos, significados, semantemas, símbolos, instituciones e ideologías que nos preceden y envuelven» (Pérez García, 2007b: 1). La costumbre, no se vuelve una cotidianeidad diaria, sino que conforman una estructura mental, regida por el mundo exterior, que nos ayuda a navegar por nuestra existencia a lo largo del tiempo, gracias a nuestras propias experiencias y a las de otros que nos son comunicadas desde que nacemos. Esta historia propia y común se entrelaza en una suerte de tejido siempre conjuntivo, en las malas experiencias y en las buenas, que constituye esta parte de la realidad que compartimos, aunque en momentos nos sea ajena. El hecho de que no tengamos una autoría directa y absoluta se nos hace insólito y nos hace dudar sobre nuestra propia influencia en dicha historia. Sin embargo, es cierto que nuestras reflexiones, dudas y acciones conforman un eje principal para crear unos principios que colaboran e influyen a los demás alrededor. Pelayo señala como principales tres mundos, a saber, el de las ciencias, la política y el de la belleza.

De hecho, esta manifestación externa de nuestros procesos intelectuales está determinada, no ya por la mente, también por la estructura de la naturaleza del cuerpo humano. Aquello que conviene a nuestra corporalidad es creado para facilitarnos la vida, desde los primeros objetos creados en la Edad de Hierro, hasta los coches autodirigidos actuales. Nuestra interacción con el mundo nos enfrenta a la realidad de nuestras limitaciones corporales, lo cual lleva a la mente a discernir la situación e imaginar la mejor opción para vivir cómodamente en el entorno en el que nos encontramos. Nuestras capacidades somáticas sirven de acicate para que nuestra vida intelectual encuentre una nueva senda para desarrollarse y sopesar ideas que puedan materializarse, cambiando el mundo para nosotros y para otros que aprenden con nuestras ideas, así como lo hacemos nosotros también.

Tampoco debemos olvidar que la necesidad hace que nuestro cuerpo se modifique para mejorar nuestra supervivencia, evolucionamos de manera tal que podamos dominar el ambiente o, al menos, nos sea menos hostil. Incluso el hecho de haber cambiado la posición del pulgar para ser oponible y tener un agarre más preciso y fuerte nos provee de una ventaja sobre el resto del reino animal, debido a esto se han creado muchas herramientas que nos hacen superiores al resto de los seres vivos en la tierra. El hecho de ser capaz de poder modificar nuestra corporalidad a partir de una

idea que surge como resultado de una necesidad corrobora esta tesis de que seamos autores de nuestra propia historia individual y de la colectiva.

Más allá del mundo orgánico, también pergeñamos formas de transformar el mundo desde el lenguaje que nos inventamos para comunicarnos con otros como nosotros, tanto el verbal y el escrito, como el informático, creado para relacionarnos con los ordenadores, creación humana. Al principio, máquinas hechas para hacer cálculos interminables y tediosos para la gente, luego para conservar largas listas útiles para el almacenaje, a pasar a ser, además, una forma de comunicación humana inmediata, independientemente de la distancia, entretenernos, ayudarnos en la gestión financiera, en la educación, sistemas de control y seguridad, e incluso en el diseño y creación de distintos objetos o edificios. Esta modificación del entorno surge de una vida intelectual plena y comprometida con la interacción entre el mundo interior, la corporalidad y el mundo externo. Entonces, se demuestra que es en este proceso «donde la abstracción morfológica parece desvanecer la propia corporeidad de la que parten sus análisis y a la que sin duda vuelven» (*ibidem*: 3).

Este juego entre la relación y el distanciamiento de la mente y el cuerpo nos permite abstraernos de las influencias corporales y mundanas para propiciar una nueva forma de conexión para con nosotros mismos, para con otros y el contorno. Indudablemente, hemos reproducido dicho proceso mental con los algoritmos informáticos y nuestra aportación modificadora del mundo físico. Hay robots dirigidos por humanos discapacitados físicamente que nos sirven las bebidas, coches que nos conducen a nuestros destinos para poder ocuparnos de otros asuntos, viajamos al espacio exterior, lo cierto es que nuestra capacidad intelectual para transformar nuestra interacción con la corporalidad parece ser mayor de lo que se podría considerar en una primera reflexión.

De hecho, se puede afirmar que el lenguaje no es «“sino la externalización” de los órganos internos del cuerpo» (*ib.*: 2). Esa necesidad de amoldar el mundo a nuestras propias limitaciones es un proceso mental que se manifiesta en la realidad cuando creamos útiles y herramientas para hacernos la vida menos hostil e inhóspita. La transformación es simbiótica, pues, el mundo nos amolda y nosotros amolamos los materiales que son innecesarios o difíciles para la supervivencia. Es cierto que hay otros animales que emplean utensilios para servirse de ellos, pero, suelen ser objetos

que ya existen en la naturaleza. Desde los más parecidos a nosotros, los monos, hasta los cuervos, otros seres vivos se sirven de elementos de la naturaleza o de construcción humana para sus intereses. No obstante, los humanos, ya sea con productos ya existentes o creados desde cero, ideamos dichas herramientas, materiales o instrumentos para facilitarnos la relación con la naturaleza.

La relación sujeto-objeto se torna una tal que se plantea la posibilidad de un exocerebro, ya propuesto por el gran Ramón y Cajal, «el cual desbloquearía el dualismo ante cuya tensión él mismo se encuentra y, por tanto, colmar el hiato entre el sistema neuronal y los objetos mundanos, y entre estos y el resto de los seres vivientes» (*ib.*: 5-6). Con lo cual, se torna en una cuestión de *cerebro-exocerebro-instituciones simbólicas*, por lo que la relación entre todas ellas son consecuencia de dicha *externalización de los órganos internos*, todas las normas culturales creadas por los humanos, incluyendo los artefactos, son la consecuencia directa de este *conflicto dialéctico implicado* en la relación necesaria con lo mundano. La realidad es que no nos podemos escapar de las circunstancias en las que nos encontramos, nuestra idealización de la existencia a la que nos enfrentamos nos lleva a transformar nuestra relación con el mundo.

Por consiguiente, hay un movimiento hegeliano «materia-espíritu» y

[...] la resultante de esta dialéctica no es la objetivación externa de las representaciones internas, ni el paso del espíritu-cerebro al espíritu-cultura, sino el inicio y la realización de una anamorfosis, cuyo proceso explica la trans-formación de una cosa, de un objeto en un útil, en un instrumento, y tal que este lleva la impronta de la manipulación que el sujeto operatorio ha llevado a cabo. [*Ib.*: 7]

Ciertamente, nuestros procesos mentales y su relación con el mundo externo tienen una desconexión, no obstante, hay que reconocer que los objetos creados para transformar el mundo se aproximan infinitamente a una adecuación absoluta con dicha externalidad, puesto que nos sirven para acomodarnos ante cualquier situación en la que nos encontremos.

A pesar de todo, dicha adyacencia es inconexa, no importa cuántas veces lo intentemos, se nos escapa de nuestra capacidad limitada. Ciertamente, es un resultado del pensamiento crítico en respuesta a un problema determinado. Dentro de mis

estándares, mis necesidades, debo cambiar ciertos aspectos que me impiden tener una vida más cómoda, por lo tanto enfoco mis sentidos y mi capacidad intelectual para encontrar la mejor solución posible. Indudablemente, como se ha mencionado anteriormente, otros animales emplean herramientas para conseguir sus objetivos, sin embargo, son elementos encontrados en la naturaleza, no existe ninguna modificación sustancial por su parte, ni tampoco hay alguna creación a partir de una idea. Simplemente se limitan a repetir un patrón, para satisfacer necesidades básicas.

En cambio, los humanos hacen uso también de la memoria, deben recordar los pasos a cumplir para obtener sus objetivos y no repetir un proceso complejo desde el principio sin lograr el fin, deben modificar algunos pasos para conseguir su meta. Como los niños pequeños cuando deben introducir los cubos en otros con aberturas de distintas figuras. Al principio intentan meter el de forma de cuadrado en la estrella y así pasan sus días hasta que recuerdan que la estrella admite sólo figuras con dicha forma y el círculo igual, así con todos los cubos. Se debe recordar no ya el color, sino la silueta y encontrar su par. Como los pasos a seguir para afilar un sílex y poder cortar la carne o, incluso, para poder hacer fuego, puesto que debe encontrar los materiales apropiados, utilizar la técnica específica y conseguir la llama deseada.

Además, se puede aprender y enseñar, otros son capaces de mejorar la técnica y definitivamente de repetirla, para todo esto se requiere la memoria, no hace falta reinventar la rueda cada vez. Entonces, existe una historia de éxito y error que nos muestra la mejor manera de conseguir los objetivos, una memoria para poder repetirlo y aprenderlo pero, sobre todo, para aprender de nuestros errores y mejorarlos o desechar los caminos u objetos que no nos sirven ya. Existe un razonamiento por el que logramos encontrar la mejor opción posible, además de recordar las otras formas que intentamos en el pasado para no repetir fallos. La creatividad significa una necesidad impuesta para obtener una solución eficiente, algo que no se puede observar de manera tan clara en otros miembros del reino animal. Utilizar un palo que ya está cortado o caído para sacar hormigas y comerlas no supone un esfuerzo añadido al idear e inventar algo nuevo, no encontrado en la naturaleza. Podemos encontrar videos de peces u otros animales que esperan que los buzos o personas a su alrededor abran moluscos u otros elementos difíciles para ellos, incluso piden ayuda para cortar

redes o quitar anzuelos. Ellos conocen el problema, pero, no hallan la manera de solucionarlo.

Es incuestionable que las capacidades físicas son necesarias para encontrar la solución, igualmente para poder manipular los utensilios creados. Es decir, es una combinación del mundo externo o físico, de la capacidad intelectual, o mundo interno, pero requiere la capacidad de pensamiento crítico creativo, la *imaginación creadora*, el espiritual. Ciertamente otras especies podían haber modificado su cuerpo para conseguir crear dichas herramientas, no obstante faltan las otras dos capacidades, las limitaciones físicas no lo son tanto para la especie humana. De hecho,

[...] la idea del espíritu en Hegel, el cual desde su figura «subjetiva», dejando atrás el resto cadavérico del cráneo, resuelve el conflicto entre el *espíritu* y la materia (el cerebro, el cuerpo mortal de cada individuo), objetivándose, asumiendo y superando el conflicto entre los individuos y de estos con el medio inorgánico, y manifestándose entonces como «espíritu objetivo», solución a la que intentaremos seguir desde la dialéctica materialista. [*Ib.*: 6]

Retomemos la idea de un exocerebro, de una *externalización de una mente demiúrgica alojada en el organismo del cerebro*, nos conmina a una dialéctica material ya empleada por el materialismo filosófico, una plasticidad hegeliana cuyo resultado es la *anamorfosis* mencionada anteriormente. Donde se da una relación entre el sujeto operatorio y el cognoscente, una combinación de las ideas y las acciones que resulta en conocimiento, uno tal que es circulante entre ambos. Además de ser básico y necesario para la modificación del medio externo. Existe una plasticidad necesaria para todo el proceso, puesto que la variación es fundamental para obtener la meta, es una *relación en devenir*.

La conexión no puede ser inmutable porque entonces nada cambiaría. Se debe distinguir entre el sujeto cognoscente y el operatorio, ambos se necesitan para desarrollarse y para modificar su mundo. Además de una ampliación del lenguaje que sería vehicular para la transmisión del conocimiento esto supone un traspaso del saber entre otros y una ampliación del que tenemos nosotros. La construcción del entendimiento se produce de manera individual y colectiva, por lo que el espíritu se nutre de las aportaciones individuales, para evolucionar a una mejor versión de sí

mismo. La importancia de cada uno es crucial para dicha contribución y para demostrar que no es algo fijo, sino mutable.

Este conocimiento se muestra como circular entre los sujetos, de manera que se cierra la separación por medio de vínculos que estrechan el vacío entre el sujeto operatorio y cualquier otro animal, capaz de hablar o no. Pero que no coincide con el primero y esto demuestra que el *organismocerebro* desarrollado se convierte en condición necesaria, pero no suficiente. Ciertamente, el hecho de ser no supone una aportación válida y esencial para dicho espíritu, hay una serie de requisitos que se deben cumplir para la contribución. No obstante, y a pesar de ello, nuestro entorno nos influye para dicha evolución. Aquellos individuos que conviven con fieras, como el león o el tigre, deben resolver distintos problemas cotidianos, obtienen un aprendizaje diferente, por tanto hacen una modificación en el conocimiento común transmitido de generación en generación. Por lo que, indirectamente, se vuelven acicate de dicha evolución, de su comunidad y de todo aquel humano que necesite este recurso puesto que se puede comunicar.

Podemos observar que no se contrarresta entre ambos, sino que se pone de manifiesto una diferencia sustancial entre ambos. Una desigualdad de condiciones que puede no ser por condiciones físicas únicamente, a pesar de provenir de un mismo origen. Esto sucede con humanos, pero también con animales no humanos, que en la naturaleza nos ayudan o nos piden ayuda. Sin entrar en problemas morales o éticos la cuestión estará en vislumbrar qué aportaciones son más relevantes para el conocimiento común. Una combinación entre lo apropiado en el momento y lo más valioso para el grupo en general, no los individuos aislados, será el determinante de la repetición y el uso de dichas aportaciones. La historia será, entonces, la acumulación de dichas redundancias, sin olvidar que, en ocasiones, se retoman ideas o caminos desechados anteriormente.

El tiempo nos ayuda a desarrollar las habilidades, pero, también a sedimentar las ideas que son necesarias para nosotros. Donde la abstracción corpórea es necesaria para encontrar las estrategias y facultades que nos llevarán al éxito, pero también porque deben ser útiles para los demás y se deben transmitir en el tiempo. Mi aportación debe ser aplicable a todo individuo independientemente de la distancia espacial o temporal que pueda tener conmigo. Esta externalización se produce más

allá de mi cuerpo actual, se proyectará en el tiempo y se compartirá con otros cercanos a mi o no. Cada vez que leemos a los maestros que ya no están con nosotros se produce un intercambio atemporal que nos provee de las herramientas necesarias para construir a partir de dichas enseñanzas. Debido a nuestra existencia limitada este aprendizaje a partir de nuestros coetáneos o de los anteriores a nosotros se vuelve fundamental para el desarrollo correcto de cada individuo en particular y de la comunidad en general.

Es la certeza de que nuestro cuerpo tiene un límite en el tiempo y de cómo a partir de él la mente logra encontrar su propia identidad, la que hace más relevante la lengua vehicular de dicha transmisión de conocimiento. Es un sujeto de la historia, por su carácter temporal y fijado en una época determinada, donde cada generación da importancia a distintos aspectos del conocimiento que están enlazados con otros pensadores anteriores. Existe una pluralidad de sujetos, bien por distancia temporal o espacial, tenemos distintos problemas dependiendo del área geográfica en el que nazcamos o la época de la historia. Hay una serie de normas admitidas o rechazadas por el grupo en el que nos encontramos, ya bien de las técnicas, las normas, el lenguaje y las ciencias que adoptamos para basarnos en nuestro desarrollo.

Estas redes sociales determinan a los sujetos y sus conexiones con la comunidad con la que eligen quedarse o en la que se crían, influyen el campo de conocimiento en el que nos criamos ampliándolo o limitándolo según los intereses comunes. No es lo mismo criarse en el campo que en la ciudad, el conocimiento del nombre de distintas especies está limitado en uno o en otro entorno. Por tanto, este mundo en el que vivimos es una conjunción de mundos plurales según los grupos humanos, según las circunstancias temporales. Esta estructura se convierte en un tejido que se va urdiendo entre todos, resultado de una reflexión ulterior sobre el conocimiento general. Los puntos de inflexión y de unión hacen más fuerte dicha comunidad, que va tejiendo el constructo social a lo largo del tiempo.

Esta coincidencia entre todos, pues nos reconocemos como iguales, con diferencias sustanciales, observa una desigualdad que nos limita en algunos casos, pero que es inevitable y refuerza la unión entre todos. Esta discontinuidad es beneficiosa para el bien común, como para nosotros, nos permite explorar caminos y opciones sin la presión de la coincidencia con otros. Al no existir un pensamiento único nuestras

voces, apagadas o escuchadas por muchos o por pocos, nos permite un progreso individual que enriquece nuestra existencia y que colabora con el grupo. Entendemos que no debemos escuchar, ni ser escuchados todo el tiempo, que la soledad es buena y enriquecedora para el individuo y para la comunidad. Esto propicia tiempo para la reflexión para poder encontrar la mejor colaboración y para encontrarnos como individuos y reconocernos como grupo, cuando las condiciones son propicias. Vivir en alteridad no es tan ventajoso como podría parecer, la reflexión y abstracción por parte de todos los miembros de la comunidad es una ventaja gradual individual y colectiva.

Este espacio individual y colectivo que se entrelazan y separan, la pulsión entre ambos es tal que se propaga por relación en ausencia y en presencia. Pero, ese alejamiento no es total, aunque lo parezca. No podemos escapar de nuestra naturaleza, ni de los objetos o individuos que nos rodean, ni siquiera cuando fantaseamos, puesto que vivimos en una copia ensoñada de la realidad. Pero todos tenemos la certeza de que sin nuestro cuerpo no tenemos experiencias vividas, ni consciencia individual. Es nuestro cuerpo el que nos determina dichos pensamientos e ideas, no tenemos recuerdos de nuestra propia identidad sin el cuerpo en el que habitamos, incluso hay años de nuestra vida de los que no guardamos reminiscencia alguna, es un período donde nuestro cuerpo manda y nuestra consciencia parece latente, aprendiendo a desenvolverse en el medio, cuando empezamos a caminar y ser independientes y autosuficientes en el movimiento, en la infancia. La cuestión no es tanto el paso de inerte a orgánico, sino de satisfacciones físicas a individuo consciente.

Como señala el maestro:

No parece que hayamos avanzado mucho tras la constatación de la fragilidad de «lo obvio». Después de todo, las cosas permanecen igual que estaban: *ahí, ante los ojos, a la mano*. Incluso no apreciamos en nosotros mismos cambios sustanciales, pues las variaciones que estaríamos dispuestos a reconocer parecen, en principio, caer en el ámbito de los afectos, de nuestros estados subjetivos, como puedan ser la inquietud, incluso el escepticismo en la medida misma en la que no rebasamos el dintel de nuestros estados de ánimo consecuentes con la pérdida de la obviedad. Por otra parte, nada hay que esperar en este sentido, salvo recuperar el equilibrio emocional si es que llegamos a perdernos en los vericuetos de lo negativo, y en el desmadejamiento de las hilaturas que sostienen *cuanto es* para nosotros. No es menos cierto que esta especie de *deconstrucción* de la mirada natural no puede hacerse sin su afectación correspondiente, pues la mirada crítica no se sigue

inmediata y mecánicamente tras la mentada demolición, al contrario. Entre la deconstrucción y la reconstrucción posterior, nuestro anonadamiento es el modo en que nuestro cerebro manifiesta su intensa operación resolutoria, sintética y ello no sólo como respuesta neurofisiológica a las tensiones emocionales a que ha sido sometido o a la experiencia de un *vacío, de un agujero negro*, que parecía subsumir al mundo, al ego, al cerebro mismo, dejándonos ante ese rastro inasible que, según se dice, indica el *camino de la realidad*, es decir, las huellas que al desvanecerse lo obvio, permanecen como rastros en ese cerebro ahora *puesto también entre paréntesis*. [Pérez García, 2007c:1]

Indudablemente, la construcción de nuestra historia es, en apariencia, inmutable, como lo es todo aquello ajeno a mí, sin embargo, todo lo contrario, es una búsqueda constante de los trazos de la realidad ajena a mí, incompleta, a veces inconexa, pero siempre se produce un cambio que pasa desapercibido, por la velocidad en la que se produce. En esta existencia temporal en la que nos encontramos, el rastreo que hacemos de todos los indicios que nos guían en nuestro autoconocimiento y en el descubrimiento de nuestro entorno, supone para nosotros una evolución lenta y ardua. El proceso es complicado y lleno de errores porque nuestras expectativas, suposiciones y preferencias no se corresponden con la realidad. Una esquiva y que se nos presenta en diferentes facetas, de manera que su representación en nosotros es, a veces, inconexa, incompleta, pero siempre incompleta.

Un esbozo que no termina de completarse, un cuadro que, a manera de Manet, *se pinta la impresión de una hora al día*, uno diferente al anterior y al siguiente, con una similitud tal que se nos presentan iguales, con un cambio, en ocasiones, imperceptible, pero latente y patente. Nuestras pesquisas para descubrir y redescubrir nuestra cotidianidad, nuestro entorno, nuestras relaciones parecen ser siempre infructuosas porque a pesar de todo el empeño que pongamos, se nos escapa, se nos muestra de manera inconclusa, imprecisa y confusa. Pero no llega a ser una psicosis, sabemos que estamos en el camino adecuado, pero no vemos las lindes que nos marcan el territorio. La contingencia de dicho convencimiento es alta y nos motiva a continuar en nuestra investigación, a pesar de que no haya una ausencia de incertidumbre. Es lo obvio, pero, no lo absolutamente certero según nuestra exégesis.

Ciertamente, ciertas afirmaciones se pueden predicar y poner en común con otros. El resultado puede llevar a un debate y se puede estar en acuerdo o no, en conclusión, nos lleva a un sentimiento de éxito en nuestras conclusiones, ya sea por contraposición o por concierto, es en esta deliberación en la que se hace una toma de control. La

necesidad de saber si nuestros sentidos y las conclusiones que hacemos a partir de ellos nos lleva a lo externo de manera fidedigna. Partimos de la base de que lo obvio, se encuentra ahí, nuestra tarea es calibrarnos, con ello mismo y con otros. Retomando a Manet, *no hay líneas en la naturaleza, sólo en las zonas de color, una contra otra*. Es decir, que únicamente hay aspectos que diferencian las partes de un todo global, es una cuestión de matices.

Esta exigencia de contrastar nuestra realidad interna con la de otros y con la independiente a todos, se entroncan con dos conceptos esenciales de la fenomenología husserliana, a saber: *el tiempo de la vida y el mundo de la vida*. Conociendo el hecho de que nuestra duración en esta existencia corporal sea limitada y con una fecha final desconocida, no son eximentes de una necesidad por integrarnos y por obtener un conocimiento del entorno lo más exacto posible. Nuestra curiosidad por lo ajeno y por expandir nuestras propias limitaciones intelectuales y corporales son nuestra misión principal. Este mundo de la vida en el que nos encontramos en este determinado periodo de tiempo es diferente al que vivieron nuestros antepasados y, a la vez, el mismo. Cada ocasión en la que no contrastamos información, nos acotamos a nosotros mismos y a las reflexiones que formulamos, sin validación externa, se produce una serie de problemas mentales que nos impiden lograr nuestro objetivo.

Al nacer nos enfrentamos a una realidad oscura y desconocida, en la que se nos hace más fácil navegar con la práctica y la recolección de experiencias y opiniones al respecto, ya sean nuestras propias o contrastadas con otros que vivieron antes que nosotros o que siguen vivos a nuestro lado. De esta manera, encontramos puntos en común que nos certifican que vamos por el buen camino, no debemos olvidar que la discordia debe servir como acicate para cambiar la opinión y forma en la que reflexionamos o, por el contrario, para encontrar más pruebas que refuten nuestras tesis. Es en este proceso comunicativo, no meramente vivencial o experimental, donde se produce una afirmación de nuestras propias reflexiones, además de una verificación múltiple de nuestras dudas o faltas de conocimiento. Este intercambio de ideas nos provee de un campo mayor de sabiduría, la consciencia colectiva se fortalece a sí misma y en el proceso, también a nosotros.

Por tanto, este proceso remarca el hecho de que mis reflexiones cuentan una experiencia vital única, que termina comparándose con el de otros para lograr llegar a

una definición común de un «“mundo” donde los fenómenos y las teorías respecto a los mismos se conjugan e intentan reordenar el hacer de los seres humanos, como individuos y como grupos» (Pérez García, 2008e: 7). Es evidente que lo obvio es independiente de mí y al resto del grupo similar a mí, pero que se nos manifiesta de maneras distintas y múltiples. Nuestras perspectivas hacen que nos unamos o distanciamos, pero lo obvio no depende de nuestras interpretaciones, al menos, así parece intuitivamente, hasta que logramos crear utensilios, artefactos y herramientas que tampoco dependen de una reflexión para existir en el mundo exterior. Esto incluye, desde muebles, aperos, etc. es decir, una externalización de nuestras ideas, hasta el exocerebro, una extensión de nuestros procesos mentales fuera de nuestra propia corporalidad.

Este interés por prolongarnos más allá de nuestros límites físicos, por impactar aquello que se escapa de nuestro control, en el medio en el que vivimos, demuestra nuestra falta de resignación ante el papel que nos toca jugar en nuestra existencia. No queremos ser agentes pasivos de la realidad, simples gestores de experiencias, también queremos ser parte activa, gestionando y modificando este contendiente que rige de manera directa nuestra existencia y que no se deja dominar. Es una batalla que debemos gestionar para tener el control. No nos complace el hecho de ser parte de esta realidad, debemos tramitar mejor nuestras habilidades para impactar esta realidad que parece obviarnos y rehuirnos. El impacto de nuestras acciones y de nuestras ideas se hace patente a partir de los mismos elementos modificados que encontramos en dicha realidad. Se produce una simbiosis entre el medio y nosotros que a veces es fructífera y beneficiosa y otras, se produce el caso contrario. Es cuando debemos rectificar, para dar paso a un cambio de nuestras ideas y acciones.

Entonces, en este reconocimiento del yo y del no-yo, no concebimos una relación aislada, sino que encontramos la manera de que estos límites se vuelvan difuminados, desdibujados. Si estamos en coexistencia entre nosotros y el mundo externo, debemos tener algo en común, más allá de una coincidencia espacio-temporal. Igual que nos impacta lo obvio en nuestras vivencias cotidianas, de la misma forma, debemos modificar lo que nos rodea. En este proceso de evolución creadora, para sí mismo y para el resto, se produce un desarrollo personal y del entorno. Es un intercambio donde las ideas que comprendemos, las nuestras y las de otros humanos, se imponen

ante una realidad que se nos escapa del entendimiento. Es un logro que no parece tener un final, puesto que lo obvio se nos presenta como más poderoso que nuestra capacidad limitada, pero, que no nos hace reconsiderar nuestra postura ante el deseo de conocimiento, incluso más, de dominación de lo ajeno. Es una relación de rivalidad en la que tenemos un tiempo menor que el entorno en el que nos encontramos.

Es nuestra percepción de la realidad la que se impone ante una realidad extraña para nosotros, pero de la que formamos parte. De hecho, gracias a estas modificaciones que imponemos, esta realidad sería distinta sin nosotros, aunque indudablemente, podría perfectamente seguir sin ninguna de ellas, sin nuestra influencia. Somos gracias a la realidad pero, esta última puede ser sin nosotros. Nuestras acciones tienen un impacto en el mundo externo, pero no son necesarias sino contingentes. Este detalle significa que por mucho que nos empeñemos en modificarla, seguirá escapándose de nuestra influencia. La guerra está perdida, pero nos enfocaremos en las batallas que hemos ganado hasta el momento y que conseguiremos en el futuro. Nuestro progreso depende de este proceso.

Como la fayenza egipcia, tan valorada por la Antigüedad, es una combinación de elementos que se encuentran fácilmente en la naturaleza, añadiendo otros materiales para conseguir un nuevo objeto. Se obtiene gracias a un proceso de varios pasos: en primer lugar, debían conseguir una pasta de sílice, arena o cuarzo triturado, el fundente, sodio o potasio, cal y óxido de cobre. A partir de la exitosa mezcla de ello se moldea, se seca y se cuece, tal y como se hace con la loza actual. El llegar a lograr que este procedimiento sea un triunfo es una de las primeras muestras del empeño y de la capacidad intelectual de los humanos. Si bien no se sabe si fue una idea resultado de una necesidad o de un deseo estético, lo cierto es que se debieron dar muchos errores hasta llegar a dar con el objetivo, además de una capacidad intelectual mayor a la del resto de los animales, también es la consecuencia de una perseverancia extrema, sin ceder ante los fracasos y errores, sin olvidar la actitud positiva, ignorando las críticas de otros coetáneos.

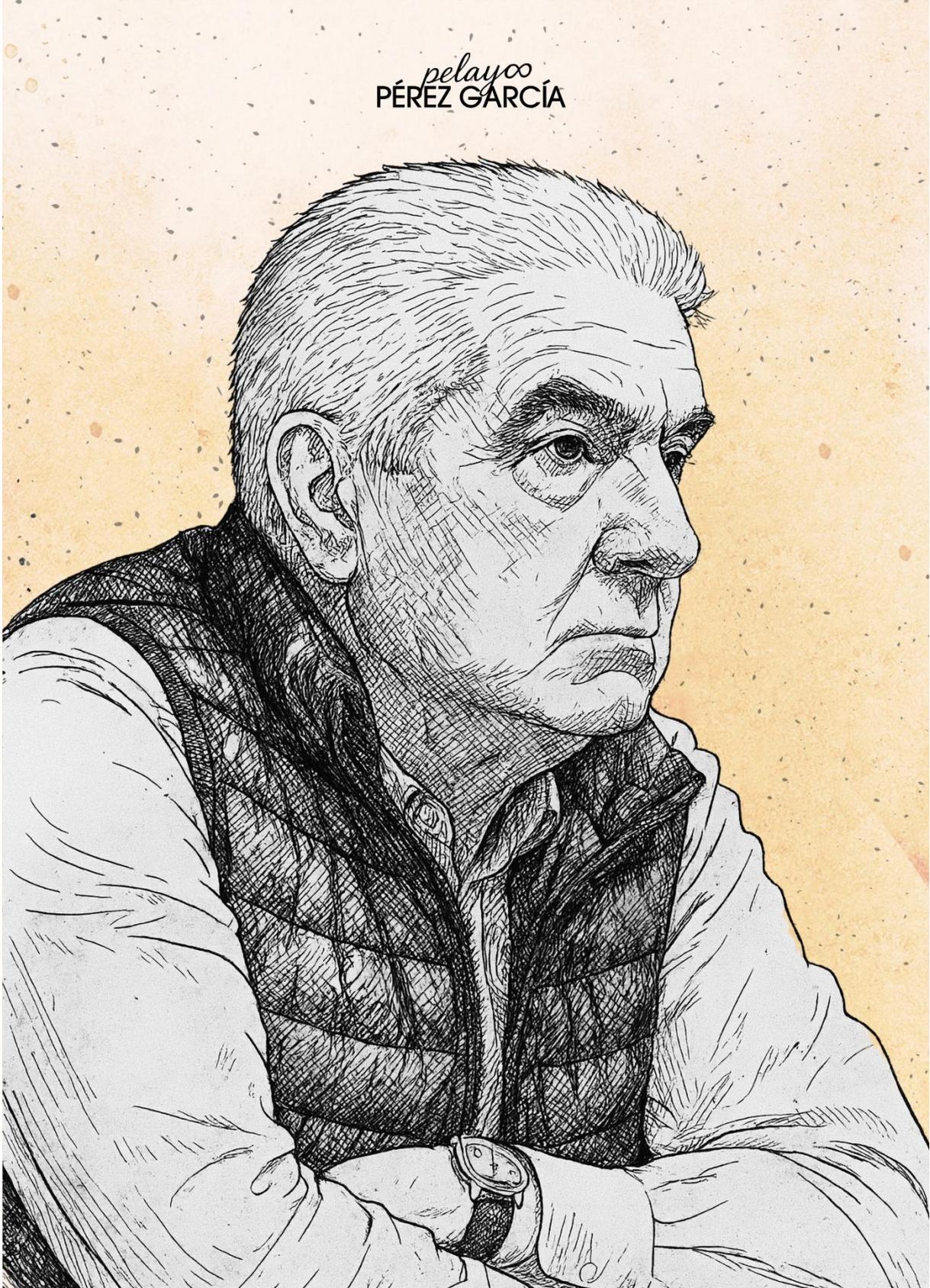
Por tanto, se deben dar una serie de condiciones, estar cerca de los elementos naturales necesarios, además de una habilidad mental y corporal especial que propicie el procedimiento o busque caminos o posibilidades para su éxito, también el apoyo de la comunidad en la que se encuentra, en caso contrario, se debe recurrir al aislamiento

o, incluso, la autoconsciencia que ratificaron, a pesar de las dificultades, la voluntad y la creencia de que se podía hacer, lograron conseguir el objetivo. La consecuencia es la valoración de todos una vez logrado, la fayenza era el bien más valioso para los egipcios. En contraposición con el oro, que no nos facilita el día al día, con la excepción de las funciones odontológicas o de tratamiento contra el cáncer, la fayenza es un logro humano que nos facilita el día al día, la loza nos ayuda a comer y cocinar mejor, o decora nuestro alrededor, con imágenes que podemos recrear, como un familiar y portar allá donde queramos. Por este motivo, el color azul y el verde, obtenidos gracias a la adición de óxidos de cobre, a partir de entonces, representaron en el ideario egipcio la luz, la inmortalidad y la regeneración.

De este modo, la fayenza egipcia, la loza vitrificada, que cambia la luminosidad a colores no perceptibles a simple vista en el espectro visible, que se puede regenerar, puesto que con los mismos elementos pueden ayudar a configurar otras piezas, lo que lleva a la inmortalidad, da un nuevo sentido a un color habitual en la naturaleza, especialmente en el agua, una sustancia que, por sus características, se nos torna difícil de acotar, puesto que se escapa de las manos. Y que, además, supone una fuente de vida tan importante para los humanos, desde nuestra propia hidratación, a la de animales o plantas que nos sirven de sustento. Esta copia de un elemento que se nos escapa y no es de nuestra autoría, a partir de otros componentes disponibles, supone un logro claramente relevante y fundamental para la historia de la humanidad.

Entonces, se puede observar que, en culturas más antiguas, la victoria de la tecnología humana sobre la naturaleza era más valorada que el hallazgo de un elemento no tan habitual en la creación. Esta proyección de nuestras ideas hacia el exterior y el logro de conseguir materializarlo crea un espacio relacional diferente al que nos enfrentaríamos si no lo hiciéramos. El hecho de poder modificar nuestro entorno nos capacita para construir nuevas ideas y compartirlas con otros. Cada uno de nosotros en nuestra propia capacidad individual desde que nacemos aprendemos distintas formas de producir este cambio, transformando el entorno. De esta manera, nuestro ambiente es una combinación de lo obvio, de aquello que está ahí, pero nos es ajeno y de lo que hemos construido a partir de aquello y nuestras ideas, lo que hacemos propio.

pelayo
PÉREZ GARCÍA



De hecho, es esta habilidad de trabajar tanto individual como colectivamente lo que nos provee de una superioridad ante cualquier otro animal o planta. Esta interacción entre múltiples cerebros que crean un espacio de colaboración, con interacciones fructíferas cuando existen limitaciones singulares o colectivas, supone una doble construcción. Una tal que es capaz de transformar los objetos externos y, a la vez, metamorfosearnos internamente como resultado de dicha interacción. Así los lazos creados se convierten en esenciales para nuestro propio desarrollo intelectual y material, rompiendo el solipsismo en el que creíamos encontrarnos. Por consiguiente, se debe hablar más de una *construcción en devenir que como un «objeto» de conocimiento*.

Es cierto que no siempre son beneficiosos estos intercambios sociales, no siempre se llega a buen puerto, pero el aprendizaje no se detiene y es en el intercambio donde encontramos la base de nuestro desarrollo. Aprendemos observando, leyendo, repitiendo patrones, pero, también innovamos. Pensamos mejor en grupo. Por tanto, no se puede reducir a una mera recolección de elementos físicos que forman parte de nuestro cerebro, los avances que hacemos los conseguimos en compañía, ya sea actual o con los que vinieron antes que nosotros. El invento de la escritura, una abstracción absoluta tal y como la usamos hoy, pero que no lo era tanto cuando los sumerios para representar objetos y sonidos, especialmente ganado y propiedades valiosas, es importantísima para dicha comunicación con el pasado, el presente y el futuro. El hecho de que la letra «a» en origen fuera la representación de una vaca (o un toro) es indudablemente un logro del intelecto humano por extenderse y manifestarse en el mundo externo, pero también el resultado de una emulación de lo ya existente y ajeno a mí.

Por tanto, el cerebro se considera algo *obvio, indubitable*, por lo que *damos por hecho que el cerebro es un fenómeno evidente*. No obstante, es un error considerar únicamente las partes físicas del proceso intelectual, antiguamente se consideraba un problema de mente o de alma, es indudable que existe algo más que la simple materia que nos lleva a reflexionar sobre el entorno y a conseguir todos los artefactos y herramientas que contribuyen a desarrollar la sociedad como la entendemos. No se limita a una capacidad especial e individual, el colectivo nos guía y ayuda, a la vez que se beneficia de nuestras contribuciones. Por tanto, limitarse al estudio de la fisionomía no nos ayudará a tener una visión holística de la realidad que nos compete.

Es innegable la existencia de una *plasticidad neuronal*, que se produce individualmente, pero, también en colectividad, a la manera richiriana, todos aquellos que han tejido y destejido esta red, este tejido, que se ha ido entrelazando repetidamente. Incluso en el hiato que se produce en los desencuentros se da un progreso, que se repetirá o mejorará o no en el futuro. El desenlace no es siempre un fracaso, puede convertirse en una revisión, una mejora actual o quizás, por parte de alguien más en el futuro. Así el desarrollo individual y colectivo se hace a lo largo de la propia existencia y de la historia individual y colectiva. De esta forma la labor de Pelayo, como la de otros pensadores, se hará patente en el futuro, tal y como abrió el campo a otros con la dirección de la revista.

De esta forma, se produce una apertura del solipsismo cartesiano: no es sino pensando dualmente, de forma individual y colectiva, que existo, que existimos. La comunicación de nuestros pensamientos no solo produce una extensión al exterior, sino que nos liga a nuestros iguales. Nos recuerda que no estamos solos, que somos parte de un conjunto, de un tejido comunitario. Además, nos manifestamos tanto en el plano físico, modificando la naturaleza y en el espiritual, con experiencias comunes, escritos y conversaciones. Es una representación que tenemos individual de la experiencia en el mundo, que compartimos con otros, no ya para asegurarnos que estamos en el mismo mundo y cerciorarnos de lo que recibimos por los sentidos y elaboramos con el entendimiento, también para obtener certezas más rigurosas y transformar el entorno con artefactos creados por nosotros.

Todo ello resultado de que *alcanzamos el límite de la intratabilidad que presenta el fenómeno del cuerpo viviente*. No podemos limitarnos a la unión de organismos, ni siquiera a nivel atómico, para la justificación de toda la vida intelectual que se plasma en nosotros y en el mundo en el que vivimos. Así, nuestra relación con el otro y con lo obvio se vuelve menos aislada de lo que podría parecer en un principio. Es la unión del mundo físico y el espiritual, tanto individual como colectivamente lo que hace de nosotros quienes somos. Además, existe la interrelación con el mundo inerte y con los otros lo que modifica nuestro sí-mismo y, haciendo esto, nosotros también impactamos a aquello y a quienes nos rodean.

En consecuencia, no existe una contraposición entre el objeto y el sujeto, así como tampoco la hay entre sí-mismo y el otro. Como Manet afirmó: *no hay líneas en la*

naturaleza, sólo en las zonas de color, una contra otra. Se nos olvida que formamos parte de un todo, indivisible salvo por la limitación temporal del cuerpo viviente, pero hasta esto es cuestionable, puesto que otros organismos se alimentan de nuestro organismo sin vida. Nuestra influencia se produce tanto en el momento en el que existimos, como en que dejamos de hacerlo. No hay lugar para el solipsismo y se torna uno figurado, auto impuesto. Hasta los elementos inertes a nuestro alrededor nos influyen y modifican, sabemos que no queremos caer en el suelo porque ya hemos tenido la experiencia anteriormente. Por tanto, será una cuestión de experimentar el mundo, ya sea por una vivencia propia, ya sea por la narración y enseñanza que recibimos de otros. Nuestra misión no es sabernos individuales, sino propiciar los caminos para entablar lazos con otros. Lo obvio se nos muestra, lo que hacemos a partir de ahí depende de nuestras habilidades propias y de las del grupo.

Descubrimos nuestra propia identidad al comparar y contrastarnos con otros, pero somos iguales. Es una cuestión de matices que entabla una red, un tejido comunitario que nos forma personalmente y, por ende, al resto que lo conforma con nosotros. No tiene sentido investigar los componentes orgánicos iguales en forma, similares en tamaño de cada individuo, somos semejantes, nuestras experiencias vitales, dónde nacemos, crecemos, qué hacemos, qué leemos, con quién nos relacionamos es aquello personalizable que nos distingue unos a otros. Y esto, precisamente, es nuestra fortaleza, en la diferencia nos completamos. Igual que analizamos las partes orgánicas constituyentes del humano y las formas en las que pensamos y nos relacionamos, se nos escapa el hecho de que no todo se puede aislar y estudiar en exclusión.

Además, tenemos la certeza de que no hay una *multiplicidad de mundos*, puesto que, hay objetos, fenómenos que nos son comunes. Quizás, no apreciamos el color de la misma manera, aunque lo llamemos igual, pero, existen demasiadas evidencias de que todos reconocemos los elementos que nos rodean en nuestra vida diaria. Igual que la fayenza egipcia se convirtió en un objeto importantísimo en aquella cultura, nosotros podemos reconocer con poca incertidumbre que el ordenador o el libro desde el que leemos tiene unas características descriptivas con las que todos reconocemos los objetos mencionados. Ninguno de nosotros tenemos un artefacto distinto, cuando decimos *ordenador* todos tenemos una idea en nuestra mente que nos lleva a identificar entre un grupo de diferentes objetos, y decidir cuál es al que nos referimos.

Lo mismo sucede con nuestros sentimientos, una vez los percibimos y le damos un nombre, podemos expresarlo con cualquiera que hable el idioma en el que lo decimos y aquel lo reconocerá de inmediato. No significa que tengamos certeza absoluta de que sientan lo mismo, pero, tenemos una certidumbre que se aproxima con una probabilidad de certidumbre con una alta seguridad de acierto. Analizando la tercera meditación de Descartes:

Cerraré ahora los ojos, me taparé los oídos, suspenderé mis sentidos; hasta borraré de mi pensamiento toda imagen de las cosas corpóreas, o, al menos, como eso es casi imposible, las reputaré vanas y falsas; de este modo, en coloquio sólo conmigo y examinando mis adentros, procuraré ir conociéndome mejor y hacerme más familiar a mí propio. Soy una cosa que piensa, es decir, que duda, afirma, niega, conoce unas pocas cosas, ignora otras muchas, ama, odia, quiere, no quiere, y que también imagina y siente, pues, como he observado más arriba, aunque lo que siento e imagino acaso no sea nada fuera de mí y en sí mismo, con todo estoy seguro de que esos modos de pensar residen y se hallan en mí, sin duda. Y con lo poco que acabo de decir, creo haber enumerado todo lo que sé de cierto, o, al menos, todo lo que he advertido saber hasta aquí. [Descartes, s. f. (1993)]

Donde Descartes obvia que todas estas palabras que emplea con tanto acierto le fueron enseñadas, los sentimientos que describe, le fueron explicados, que de niños pasamos al menos dos años sin poder expresarnos, siendo llevados de un lado a otro, sin control total de nuestros cuerpos, teniendo poco dominio hasta de nuestros esfínteres, dependiendo de otros para seguir existiendo. Es fácil ser adulto y aislar cada sentimiento que consideramos esencial, pero porque es el resultado de un aprendizaje con otros iguales a nosotros. Descubrimos lo que tenemos en nuestro interior, gracias al contraste con el mundo exterior y con los demás que existen. No sobreviviríamos sin la ayuda de otros, sin ganar la batalla al medio hostil en el que nos encontramos, tanto el del entorno, como el de nuestro propio cuerpo que parece no querer seguir nuestras órdenes, el brazo no se mueve con la misma soltura que lo hacemos tras la experiencia que nos dan los años de vida, etc. Querer afrontar el problema del cuerpo sin entender que es intrincado y querer aislarlo cual pulcro laboratorio experimental, sin influencias, no se alinea con la realidad.

De hecho, Descartes quiere compartir con la comunidad cómo se siente, puesto que lo pone por escrito, no lo piensa y lo guarda en su interior. Aunque, ciertamente, quiere poner un énfasis en el valor de la aportación individual al grupo y esta no se hace

experimentando el exterior únicamente, hay que transformarlo, domesticarlo, modificando lo que está ahí, nos ayudamos y esto sólo se puede hacer mediante el intelecto, la acción de pensar. Vivir la vida, como un ser inerte, una roca sin modificar conscientemente lo exterior, es una vida no vivida, atípico de lo que nos sucede. Poner de manifiesto que el pensamiento es la base de nuestra existencia, nos impele a ejercer la capacidad modificadora que nos hace quienes somos, que rige nuestra presencia en el mundo.

Es un hecho que estas reflexiones cartesianas nos han llevado a una nueva perspectiva que nos empodera como autores de nuestra propia existencia, no tenemos una necesidad primitiva de supervivencia, sino que nos movemos en un plano más sofisticado. La solución fácil sería abandonarnos y limitarnos a subsistir, a satisfacer nuestras necesidades más básicas. Tras Descartes se produce el resultado contrario: en ese momento es cuando se puede liberar de las cadenas de las exigencias básicas, pasamos de construir botones de hueso o madera, para repujarlos de plata u otros materiales preciosos. No obstante, el proceso y el resultado es el mismo. Debemos encontrar soluciones a problemas creados, no por la naturaleza, sino por nosotros mismos. De esta forma:

246

El *hombre autooperable*, los diagnósticos y posibilidades que la *genómica* inaugura, tienen ante sí el reto de un nuevo cerebro y ante esas expectativas, la *mente* naturalizada, como hemos ido viendo, deja de conjugarse con el cerebro, disolviéndose en sus mecanismos y en sus estructuras moleculares, pero también se diluye y difumina «el mundo», despiezándose en un reparto individual, «democrático» y a la carta, pues se anuncian «cuerpos y cerebros» programables, predeterminados, según el 'deseo', y las posibilidades económicas claro está, de cada cual. [Pérez García, 2008e: 293]

Se produce una individualización, no solo por motivos físicos inherentes a nosotros, sino condicionados por el medio en el que nos encontramos, cada uno tendrá unas condiciones que le harán enfocarse más en distintos objetivos. Así, se puede mejorar las posiciones en las que todos nos encontramos, puesto que se modifica desde distintos aspectos. Si bien parecería que se produciría una discontinuidad en el tejido comunitario, resultado en un entramado *rasgado*, pero es precisamente ese *rasgo* individual, inherente a cada uno de nosotros, lo que hace fuerte a la trama. No es un modelo hecho en una producción en masa, sino que la singularidad de cada uno de

los miembros que la componen y de sus circunstancias individuales le proveen de una singularidad única e irrepetible.

Ciertamente, se produce una influencia de las circunstancias individuales espacio temporales y por este motivo, un humano es irreproducible. Aunque quisiéramos clonarlo, el momento en el que nace, el *Zeitgeist*, el espíritu de la época en el que está imbuido, hará que sus rasgos cambien, sus necesidades, sus propósitos y fines serán distintos completamente también. Entonces, esta proyección de sus habilidades personales en el mundo será diferente y su contribución al tejido comunitario ya existente se verá alterada por sus circunstancias, en el sentido más orteguiano. Este «yo soy yo y mi circunstancia», nos recuerda la importancia de la singularidad de cada uno en el momento y el lugar en el que se encuentre.

La proyección que hagamos de nuestro cerebro y de nuestro cuerpo corresponde con este importante factor. Aunque no se puede obviar el hecho de que exista en nosotros una plasticidad innata, sabemos encajar en las condiciones en las que nos encontremos. Esto no se limita a un hecho de amoldarse a una cultura humana en particular, también al medio. En definitiva, quien no sobrevive a las circunstancias, deja de aportar activamente, aunque puede ser una guía para futuras generaciones. Se produce, sin embargo, una finalización del aporte al grupo desde esta perspectiva individual. Los demás podemos recoger el testigo, pero, no será el mismo producto, puesto que nuestras condiciones intrínsecas personales y ambientales nos han conformado de una manera diferente al autor original. Llegando incluso a poder ser un contrapunto que nos lleve a una armonía maravillosa para el grupo, o, todo lo contrario.

Esta manera de componer el tejido comunitario proporciona distintas ventajas que enriquecen el entramado social, sin importar distancias, ni tiempos. Las ideas cuando no se comparten, se pierden para siempre y la pérdida es irremplazable. Podemos observar como el maestro Pérez García nos relata el intercambio de ideas entre los que ya no están con nosotros, aquellos que están lejos y nuestros amigos que en privado corrigen, guían y felicitan por los pensamientos compartidos. Es tan importante conocer al que no piensa igual, como aquel que es más similar, nunca igual, porque su individualidad y circunstancia no es idéntica a la nuestra. Es un hecho que Pérez

García valoraba las discusiones fructíferas con sus amigos y la relectura de los libros sobre los que había reflexionado.

Este es el camino para cualquier pensador, reconsiderar nuestros propios pensamientos también. No se trata de tener un pensamiento crítico con aquellos que valientemente han compartido sus hallazgos y puntos de vista, también hay que hacer autocrítica de nuestros propios planteamientos. No éramos los mismos cuando lo plasmamos, hemos evolucionado y hay que tener una plasticidad también cambiar y ajustarse a las necesidades actuales. Los fenómenos se nos presentan diferentes según el lugar y el momento, así como nuestras reflexiones deben cambiar para ajustarse a las condiciones existentes. Por tanto, es un «“mundo” donde los fenómenos y las teorías respecto a los mismos se conjugan e intentan reordenar el hacer de los seres humanos, como individuos y como grupos» (Pérez García, 2008e: 299). El acercamiento, o distanciamiento de ideas, nos posiciona en un punto determinado del todo del entramado social y temporal en el que nos encontramos.

El sujeto colectivo se manifiesta con una diversidad gregaria, donde dentro de un todo unitario se producen diferenciaciones que necesariamente suplen las carencias de otros. Estos nodos no están completamente desvinculados del tejido comunitario, pero tampoco se reducen a una unificación en masa olvidando la singularidad identitaria de los miembros de la trama. Por este motivo no existe un aislamiento completo, ni una superposición, ni una aniquilación de todo rasgo identitario. Somos libres de elegir el trazo con el que nos identificamos en una o más condiciones. Esta característica proporciona una flexibilidad que refuerza dicho tejido. En total contraposición con el fisicalismo, la reducción a la materia en sí nos llevaría a una limitación de dicho entramado, puesto que esencialmente no existen diferencias físicas sustanciales entre nosotros.

Existe, indudablemente, una conexión en un campo diferente al que existe en la comparación de la materia, una *sinexión* que sustenta la realidad ontológica. Ciertamente el estudio de la materia que nos compone nos conduce a conocer nuestras limitaciones y, también, lo que nos hace iguales. No obstante, no se debe reducir a los componentes físicos que nos hacen humanos y diferentes a otras criaturas vivientes. Nuestras experiencias vividas nos pueden poner en un plano donde entendamos a otros, nos identificamos, sentimos que hay una conexión, aunque no sea total. El hecho

de tener unas habilidades diferentes a otros puede alejarnos entre nosotros, pero el hecho de haber experimentado alguna situación similar o igual nos vuelve a conectar en planos espirituales que no dependen de nuestra cultura de origen, ni de nuestras características individuales.

Es en esta sinexión donde se pone de relieve la identidad comunitaria e individual, aunando las diferencias y similitudes existentes. Existe un exceso del que no se puede escapar, es uno que *identificábamos con «el vivir» en tanto excede a lo vivido*. Nuestras propias limitaciones nos sobrepasan para mostrarnos nuestra propia finitud no solo temporal, sino también corporal y espiritual. Nos referimos a:

[...] *la idea del cuerpo* (el alma, según Espinosa), en tanto en cuanto este no se deja reducir al cuerpo empírico, objetivo, al organismo, puesto que, entre otras cosas, la idea misma de «organismo» es ya en sí problemática e irreducible, por cuanto no se deja explicar por el paso aleatorio de esa maquinaria de lo complejo en que se quiere convertir a la «naturaleza física», pues sus combinaciones «atómicas» de ninguna manera pueden explicar el paso de lo inerte a lo orgánico. [Pérez García, 2007a: 221]

De hecho, podemos recolectar todos los cadáveres, imitando el proceso descrito en la novela de *Frankenstein*, pero el resultado, es decir, un ser humano compuesto por piezas de otros que vive y se expresa como uno de nosotros es una mera ilusión. No podemos reanimar un cuerpo muerto para que vuelva a la vida y se comporte como antes de su muerte. No obstante, la ciencia ha estudiado el cuerpo humano y, en casos extremos de coma o paro cardiorrespiratorio, se puede realizar una reanimación cardiopulmonar exitosa que recupere los signos vitales de un individuo. Es innegable la correspondencia del cuerpo y la mente, el alma, el espíritu, con nuestra configuración identitaria. No obstante, si bien no podemos crear vida a partir de lo inerte parece que en la naturaleza tampoco se produce este hecho, puesto que, de dos seres vivientes, se produce un tercero. Lo orgánico crea organismos, no se da una criatura en el mundo natural a partir de lo inerte, al menos en la época en la que nos encontramos. En un momento de la historia, sí se produjo este paso de creación de vida a partir de aquello sin vida, pero este proceso no lo podemos explicar todavía. Únicamente podemos añadir organismos de otros cadáveres para completar a uno

enfermo, los trasplantes no pueden ser totales sino parciales, según lo que necesite el enfermo, nunca la unión de partes de cadáveres nos ha dado un individuo vivo.

En la actualidad, se produce una duplicación de vida, a partir de otro u otros seres vivientes. La reproducción asistida se produce a partir de la manipulación de los gametos de unos seres vivos, no de materiales inertes. Es una prolongación de aquellos ya existentes, pero de manera asexual. Incluso en nuestros inicios, no estamos desconectados, venimos de alguien similar a nosotros. Por tanto, mi cuerpo no es uno extraño a mí y mi mente, mi espíritu, tampoco lo es a la materia que me compone. Ahora bien, los márgenes de esta se me presentan borrosos, existe una externalización que me proyecta en el mundo y en otros, pero que me diferencia de ellos y me retrae, identificándome como distinto. Es tanto así que:

[...] el cuerpo interno, donde la imaginación, la voluntad, el deseo y el pensamiento configuran una dimensión que alcanza al propio «mundo», y se incorpora, por su operatoriedad, en las instituciones simbólicas que son el producto cultural, temporal por histórico, de su exceso, exceso que recubre la *externalización* (del cerebro) [...]. [Pérez García, 2007a: 222]

Esta autopercepción de nuestro cuerpo interno como no limitado al cuerpo material, con el que está ligado indisolublemente, nos posiciona en una circunstancia en la que más que darse una alteridad, se produce una alteración de la percepción del cuerpo sin llegar a ser psicosis. Esta representación de nuestros límites corporales por el interés de externalizarnos no se hace como una transgresión, sino que está implícito en nuestra propia naturaleza. Esta prolongación-proyección de nuestra mente parece ser una de las misiones más importantes que tenemos en el periodo de nuestra existencia. La manipulación de nuestro entorno para satisfacer necesidades o deseos básicos, nos abre un camino que rompe con la limitación corporal que creíamos tener. Las instituciones simbólicas nos posicionan como agente activo, no como mero receptor de los estímulos y fenómenos externos. No es que únicamente estemos interconectados con otros similares, sino que tenemos la capacidad de reforzar dichos vínculos y de transformar lo obvio inerte que nos rodea.

Por este motivo es tan importante retomar la idea de Richir, en la que se postula «el fenómeno como nada más que fenómeno» desvinculándolo de cualquier *estructura intencional* en la que le habíamos incluido dentro de nuestras propias *instituciones*

simbólicas, enmarcadas dentro del *fenómeno-vivencia en Husserl*. Es decir, independientemente de nuestro análisis y reflexión, existe sin nuestro consentimiento, sin permiso y sin necesidad de ser observado por otro. La idea de que el fenómeno es autónomo, sin que requiera de nuestras cavilaciones, nos saca también del solipsismo en el que nos encontrábamos. Lo obvio existe fuera de nosotros y continúa haciéndolo, sin necesidad de ser pensado. La justificación cartesiana de que nuestra esencia es esta, el reflexionar sobre lo que nos rodea, olvida el hecho de que todo aquello que no soy yo no requiere de mi presencia para existir. El árbol que cae en el bosque hace ruido, aunque no haya nadie para escucharlo. Por el contrario, el fenómeno en Gustavo Bueno está vinculado tanto a las esencias como a los *hechos* y a las *ciencias*, por tanto, al *campo intencional* de acuerdo con el análisis de Pérez García. Esto implica que la conexión del fenómeno es más extensa que una mera recapitación de un dado individuo.

La cuestión estará en lo que la profesora Mesnil señala, esto es, *el problema de lo simbólico y la desimbolización*. En efecto, el proceso de internalización de lo externo a mí me lleva a una concepción determinada por mis habilidades y mis propias limitaciones intelectuales. Pero debemos hacer una reflexión ulterior, romper nuestros propios esquemas para lograr encontrar una nueva versión alejada de la creada por nosotros. Y si bien es necesario eliminar las interpretaciones sesgadas para lograr llegar a la verdadera esencia, también es cierto que es una nueva exégesis personal nuestra, parcial, de nuevo dependiente de nuestras propias capacidades y experiencias personales. La verdadera cuestión es: ¿podemos lograr encontrar una deducción neutra, aislada de nuestras propias limitaciones? Aquí es donde ponemos nuestra propia plasticidad a juicio, debemos lograr encontrar nuevos caminos para llegar a una versión más precisa de los fenómenos, que se basa en la autarquía, al menos eso parece y, en ninguna circunstancia, no depende de nuestro parecer, ni busca satisfacernos de manera alguna.

De esta forma, aquello que nos parecía tan obvio se nos vuelve dudoso, hasta el punto de que llegamos a dudar de nosotros mismos. Nada es certeza, lo que pensábamos eran verdades absolutas se nos tornan incertidumbres, dudas, nada está claro y hasta nos cuestionamos si lo estamos haciendo correctamente. En este proceso de aquella construcción nos enfrenta a la *reducción* y a la *fenomenología*. Entonces,

aquella mirada *ingenua* y «*natural*» debe, por tanto, reconsiderar el sistema de ideas que ha servido dar razón a este *estar-ahí* hasta el momento, solo cabe regresar a «los hechos mismos». La cuestión verdadera y esencial será entender que, aunque hagamos esto, siempre será una versión sesgada y parcial de los mismos. El proceso de cambiar la forma de pensar las cosas tiene implícito un procedimiento infinito, para buscar la solución, sino completo, al menos que se aproxime a la perfección. Claro, al ser nosotros mismos, individualmente o en grupo, quienes se evalúan en dicho proceso, no tenemos forma de llegar a entender los pasos que nos faltan o el camino a seguir para evitar errores.

Una de nuestras características principales es la *contingencia*, esto es: nuestra capacidad de pensar que el mundo no existe. Pero el hecho de que dudemos hasta de nuestras percepciones del mundo exterior, se ve enturbiado por una lejana certidumbre de que estamos en el error. Hay una certeza lejana de que estamos en el camino correcto, de que hay algo diferente a nosotros, independiente a todo análisis y reflexión por nuestra parte. Nosotros nos desvinculamos hasta el punto de creer que todo lo que nos rodea se desvanece en nuestro pensamiento, por lo que no existe, desaparece, porque así lo hace para nosotros. El egocentrismo de creer que todo aquello que no soy yo existe en tanto en cuanto es pensado debe acabar. Es ingenuo pensar que toda existencia depende de mi propia reflexión, igualmente que nosotros existimos sin que todo ser viviente nos piense. Además, nos lleva a un aislamiento del que es difícil salir, justificando nuestra necesidad en el mundo para otorgar existencia a todo aquello que no soy yo.

Esta obsesión por expandirme y exteriorizarme en el mundo y ser medida de este nos lleva a un sentimiento de superioridad y centrismo del que es muy difícil escapar. De la misma manera en la que yo observo y analizo el mundo, creo que está establecido, ignorando todos aquellos aspectos que no se asemejan a mi propia naturaleza y forma de ver el mundo. De esta forma, entramos en un laberinto creado por mis propias limitaciones que no me dejan escapar de los parámetros establecidos, que me considera el centro del mundo, calibre y medida del cosmos. Es el extremismo del aforismo, «yo soy yo y mi circunstancia». Salvo que imponiéndome en todo lo obvio como regulador también de su existencia. Este dédalo crea sus propias soluciones, pero también sus propios problemas de los que no sabe salir. El impacto

de la influencia que lo obvio tiene en mí y nuestra obsesión con impactarlo de la misma manera es el origen de dicha vicisitud en la que nos encontramos.

Es evidente que, debido a nuestras propias limitaciones, no podemos pensar ni experimentar el mundo como nadie sino como nosotros mismos, no obstante debemos ser conscientes de las mismas y encontrar una forma de, no solo salir y externalizarnos, sino de observar y asimilar las distintas opciones disponibles para nosotros, alejándonos de cualquier obcecación que nos aleje de lo obvio y de otros similares a mí. Esta visión sesgada de todo aquello que no soy yo nos ayuda en nuestras necesidades básicas, especialmente cuando estamos enfocados en un nivel de supervivencia, pero este motivo no justifica el hecho de que eludamos otras formas de pensamiento válidas que pueden ampliar nuestras miras. Por tanto, estas *formas del mundo* que hemos descubierto puede que sean nuestras maneras de observarlo, más que una diferencia de existencia por parte de lo obvio.

Esta negación de nuestra propia limitación y parcial interpretación de lo obvio nos circunscribe, condicionándonos a cavar más profundamente un túnel de incompreensión que nos aísla y reafirma en nuestro error. El hecho de limitarse a las condiciones físicas del mundo externo nos lleva a una concepción en la que es condición necesaria tener algún tipo de factor corpóreo que justifique su existencia. No obstante, no se puede limitar a una corporalidad, sino que se deben considerar otros elementos que están en juego. Además, en esta relación con lo obvio nos debemos liberar de las limitaciones en las que nos enfocamos, puesto que hay nociones diferentes que se escapan de este realismo, bien porque han sido creaciones humanas o porque pertenecen a dicha condición individual. Así:

[...] Idea, Razón, Lengua, ya no pertenecen a la psicología ni a la neurología, tampoco a la lingüística, menos aún a la Física, estas son formas pertenecientes a otro género de materialidad, como lo son el Espacio y el Tiempo y como ya vimos anteriormente, su realidad ontológica se sustenta en la sinexión misma de las partes infinitas de *M*: pertenecen al Exceso en sí, el cual, en la determinación finita del Mundo, produce ese límite por arriba, excedente diríamos, el límite de la abstracción, de la evanescencia del propio Mundo, donde aparece la Idea misma, por caso, de Mundo. [Pérez García, 2008e: 301-302]

Al final debemos recurrir a las esencias mismas, aunque no obtengamos una concepción certera estas. No se puede reducir a la corporalidad de las cosas para

explicar completamente lo obvio. Las ideas regulan nuestras percepciones de la realidad, pero tampoco se pueden integrar en esta materialidad. Esta unión de distintas identidades no significa que sea una en condición de igualdad, la peculiaridad de cada una de ellas confiere una diversidad que debe ser observada de manera específica. Así, ante tal multiplicidad de manifestaciones, debemos darnos cuenta de que no hay un criterio universal y unívoco. Es la tarea del materialismo filosófico ayudarnos a salir de esta *dimensión reductora y paralizante del pensamiento crítico*.

Indudablemente, buscamos lo similar en dicha multiplicidad, «es lo que Hegel llama el *universal concreto*, la síntesis de lo que es absolutamente universal, que es para todos, y de lo que, al mismo tiempo, tiene un lugar y un momento particulares» (Badiou, 2006: 1). Aquí es donde parece radicar el error, puesto que no todo es universal e igual para todos, aquí es donde se debe enfatizar el hecho de que cada uno de nosotros entendemos desde una perspectiva y que tenemos unas facultades diferentes. Aquella plasticidad que debíamos emplear para encontrar nuevos caminos debe ahora ayudarnos para discernir lo que es particular, de lo que es universal.

Por consiguiente, se debe evitar «ese mundo reducido a los cuerpos que hablan y donde las “verdades”, platónicamente consideradas (los Inmortales en sus palabras) no tienen ya cabida o son reducidas a opiniones de esos individuos átomos, finitos» (Pérez García, 2008e: 305). Ciertamente, existe una opinión sesgada, individual, que distorsiona aquella que es universal. Es en esta *nebulosa ideológica* donde se produce y se conduce al error. Descubrir las ideas universales será una tarea difícil y harto complicada, no obstante, no es imposible, por su propia identidad de universal no depende de una interpretación particular parcial, brilla con autonomía propia y se muestra como tal.

El hecho de asentarse sobre un cuerpo determinado, en un momento concreto, nos limita en nuestro propio entendimiento, sin embargo, debemos entender que lo otro no se sustenta por mi propia existencia, sino por la suya y por su propia independencia de cualquiera que no sea él mismo. Es cierto que estamos interconectados, nuestros pensamientos y modificaciones del mundo nos entrelazan, pero también nuestra propia naturaleza. Estamos compuestos de los mismos materiales, sin embargo, las diferencias nos enriquecen, uniéndonos en desunión. No hay dos iguales, esta soledad

del que se sabe que no hay uno idéntico a él nos arrastra al aislamiento que limita nuestro propio entendimiento y el conocimiento de los demás. Justificar mi propia existencia será primordial para encontrar un marco ideológico, teórico y estructural que marque el compás de nuestra vida.

Por tanto, el *cogito* de Descartes guía un comienzo para determinar el punto de partida para el fundamento de nuestro pensamiento. El recogimiento, el ensimismamiento, es necesario para encontrarse a sí mismo, es más, para pensarse a sí mismo cimentando nuestras reflexiones posteriores. Basarse únicamente en las experiencias que recibimos del exterior o solamente en nuestras reflexiones propias nos llevan a error. Debemos encontrar un punto medio para lograr tener unas reflexiones lo más asépticas posibles. Además, debemos ser conscientes de que no todas las herramientas que utilicemos juegan a favor nuestro. Si bien unas gafas graduadas nos ayudan a ver con nitidez y detalle, unas gafas virtuales nos muestran una realidad alternativa de inteligencia artificial que reproduce lo que ya existe, pero como copia de lo verdadero.

Así se demuestra que nuestras percepciones son, al menos, parcialmente verdaderas, puesto que estas imágenes reproducción de la realidad son tales que cualquiera con unas gafas de realidad virtual reconoce aunque no haya estado ahí o ni siquiera exista el lugar. Por lo tanto, no estamos tan desencaminados con nuestras reflexiones sobre lo que nos rodea y sus características. Las esencias de las cosas se manifiestan de manera tal que, en nuestras limitaciones, podemos aprehender de una manera fidedigna, tanto que otros reconocen en nuestras creaciones, ya sean dibujos a mano o de inteligencia artificial, la reproducción verídica del mundo exterior y de los otros que nos rodean.

El camino abierto por el maestro es largo y no lo terminaremos en una vida, será la tarea de futuras generaciones aclarar el camino para las siguientes puesto que igual que nuestra evolución personal, el cambio es lo que rige la realidad en la que vivimos. Por tanto, dejaremos abierta la senda de la búsqueda de la verdad, sabiendo que volveremos a retomarla para encontrar más dificultades que soluciones que recordaremos al maestro que retomando el camino inicial de los filósofos, nos abrió las puertas para compartir nuestras reflexiones e influir en el pensamiento actual. Gracias Pelayo Pérez García por ser el director de *Eikasía* estos años, pero especialmente por

abrir la puerta de la divulgación de nuestro amor por la filosofía a todos aquellos sin cátedra en una universidad, volviendo a los orígenes y devolviéndole el verdadero sentido de la disciplina.

Bibliografía

- Badiou, Alain y Pérez García, Pelayo (trad.) (2006), «Panorama de la filosofía francesa contemporánea», en *Eikasía, Revista de Filosofía*, n.º 3, pp. 1-8, <<https://doi.org/10.57027/eikasía.03.656>>, [10/02/2025].
- Brisson, Luc; García Pérez, Pelayo (trad.) y G.ª Fernández, Román (trad.) (2007), «Platón, Pitágoras y los pitagóricos», en *Eikasía, Revista de Filosofía*, n.º 12, pp. 67-92, <<https://doi.org/10.57027/eikasía.12.529>>, [03/02/2025].
- Grupo Eikasía (2008), «Manifiesto Eikasía: la filosofía en los inicios del tercer milenio», en *Eikasía, Revista de Filosofía*, n.º 18, pp. 1-12, <<https://doi.org/10.57027/eikasía.18.495>>, [01/02/2025].
- Cowell, Chip (2025), «Would you recognize a rock as a tool?: Chip Colwell describes the moment our ancient ancestor first shaped stone into a blade - sparking a legacy of memory, reasoning, and creativity», en *John Templeton Foundation on Instagram*, <<https://www.instagram.com/p/DI4LxN1srIY/>>, [07/05/2025].
- Descartes, René (s. f.), «Tercera meditación: De Dios, que existe», en *Meditaciones metafísicas con objeciones y respuestas* (Vidal Peña, ed.). Madrid, Alfaguara [1993], en *educa2.madrid.org*, <https://www.educa2.madrid.org/web/luis.rodriguez4/textospau/-/book/textos-pau?book_viewer_WAR cms_tools_chapterIndex=a8da6119-d532-4a07-8653-021f7f0b8dda>, [16/06/2025].
- Pérez García, Pelayo (2024), «Pablo Posada Varela: un enigma», en *Eikasía, Revista de Filosofía*, n.º 119, pp. 7-10, <<https://doi.org/10.57027/eikasía.119.816>>, [01/03/2025].
- Pérez García, Pelayo (2023), «Bueno versus Richir», en *Eikasía, Revista de Filosofía*, n.º 115, pp. 181-190, <<https://doi.org/10.57027/eikasía.115.627>>, [02/02/2025].
- Pérez García, Pelayo (2021a), «Ricardo», en *Eikasía, Revista de Filosofía*, n.º 100, pp. 7-11, <<https://doi.org/10.57027/eikasía.100.363>>, [01/03/2025].
- Pérez García, Pelayo (2021b), «Escribir», en *Eikasía, Revista de Filosofía*, n.º 100, pp. 81-97, <<https://doi.org/10.57027/eikasía.100.365>>, [02/02/2025].
- Pérez García, Pelayo (2015), «Estromatología: el compromiso filosófico de Ortiz de Urbina», en *Eikasía, Revista de Filosofía*, n.º 65, pp. 67-75, <<https://doi.org/10.57027/eikasía.65.795>>, [01/02/2025].
- Pérez García, Pelayo (2011), «Presentación», en *Eikasía, Revista de Filosofía*, n.º 40, «Fenomenología arquitectónica: Marc Richir», pp. 7-10, <<https://old.revistadefilosofia.org/40-00.pdf>>, [02/02/2025].
- Pérez García, Pelayo (2008a), «Los egos troyanos», en *Eikasía, Revista de Filosofía*, n.º 21, pp. 1-3, <<https://old.revistadefilosofia.org/21-01.pdf>>, [02/02/2025].
- Pérez García, Pelayo (2008b), «El ego trascendental, a debate», en *Eikasía, Revista de Filosofía*, n.º 20, pp. 221-223, <<https://old.revistadefilosofia.org/20-07.pdf>>, [10/02/2025].

- Pérez García, Pelayo (2008c), «Bitácora: 68'», en *Eikasía, Revista de Filosofía*, n.º 18, pp. 225-236, <<https://doi.org/10.57027/eikasía.18.508>>, [10/02/2025].
- Pérez García, Pelayo (2008d), «Bitácora: Addenda y 2», en *Eikasía, Revista de Filosofía*, n.º 17, pp. 375-400, <<https://old.revistadefilosofia.org/17-16.pdf>>, [03/02/2025].
- Pérez García, Pelayo (2008e), «Bitácora: Lo obvio 5: addenda», en *Eikasía, Revista de Filosofía*, n.º 16, pp. 293-313, <<https://old.revistadefilosofia.org/16-17.pdf>>, [03/02/2025].
- Pérez García, Pelayo (2007a), «Bitácora: Lo obvio 4: caput mortum», en *Eikasía, Revista de Filosofía*, n.º 14, pp. 221-245, <<https://old.revistadefilosofia.org/14-17.pdf>>, [03/02/2025].
- Pérez García, Pelayo (2007b), «Bitácora: Lo obvio 3: la mente como exceso», en *Eikasía, Revista de Filosofía*, n.º 13, pp. 253-281, <<https://old.revistadefilosofia.org/13-15.pdf>>, [03/02/2025].
- Pérez García, Pelayo (2007c), «Bitácora: Lo obvio 2: el cerebro en su laberinto», en *Eikasía, Revista de Filosofía*, n.º 11, pp. 253-273, <<https://old.revistadefilosofia.org/11-16.pdf>>, [03/02/2025].
- Pérez García, Pelayo (2007d), «Bitácora: Lo obvio», en *Eikasía, Revista de Filosofía*, n.º 10, pp. 122-134, <<https://old.revistadefilosofia.org/10-13.pdf>>, [03/02/2025].
- Pérez García, Pelayo (2007e), «Bitácora: Fragmentaria 1», en *Eikasía, Revista de Filosofía*, n.º 9, pp. 405-415, <<https://old.revistadefilosofia.org/916.pdf>>, [03/02/2025].
- Pérez García, Pelayo (2007f), «Bitácora: El caso Bueno», en *Eikasía, Revista de Filosofía*, n.º 8, pp. 309-314, <<https://old.revistadefilosofia.org/15Elcasobueno.pdf>>, [15/01/2025].
- Pérez García, Pelayo (2006a), «Bitácora: A mis amigos», en *Eikasía, Revista de Filosofía*, n.º 7, pp. 167-177, <<https://old.revistadefilosofia.org/BITACORA06.pdf>>, [02/02/2025].
- Pérez García, Pelayo (2006b), «Bitácora: La vergüenza de ser hombre», en *Eikasía, Revista de Filosofía*, n.º 6, art. 17, pp. 1-17, <<https://old.revistadefilosofia.org/BITACORA5.pdf>>, [02/02/2025].
- Pérez García, Pelayo (2006c), «Bitácora: La vergüenza de ser hombre», en *Eikasía, Revista de Filosofía*, n.º 5, art. 14, pp. 1-17, <<https://old.revistadefilosofia.org/BITACORA5.pdf>>, [02/02/2025].
- Pérez García, Pelayo (2006d), «Bitácora: La ciencia no piensa», en *Eikasía, Revista de Filosofía*, n.º 4, art. 8, pp. 1-18, <<https://doi.org/10.57027/eikasía.4.1161>>, [01/03/2025].
- Pérez García, Pelayo (2006e), «Bitácora: El caso Simondon», en *Eikasía, Revista de Filosofía*, n.º 3, art. 6, pp. 1-21, <<https://doi.org/10.57027/eikasía.03.661>>, [01/03/2025].
- Pérez García, Pelayo (2006f), «Bitácora: Qué, quién... Nosotros», en *Eikasía, Revista de Filosofía*, n.º 2, art. 5, pp. 1-13, <<https://doi.org/10.57027/eikasía.2.648>>, [01/02/2025].
- Pérez García, Pelayo (2005a), «Bitácora: Discovery», en *Eikasía, Revista de Filosofía*, n.º 1, art. 7, pp. 1-7, <<https://doi.org/10.57027/eikasía.1.641>>, [03/02/2025].
- Pérez García, Pelayo (2005b), «En la intemperie, númenes», en *El Catoblepas*, n.º 41, p. 12.
- Pérez García, Pelayo (2005c), «Númenes: a propósito de la polémica sobre la verdad de las religiones primarias», en *El Catoblepas*, n.º 40, p. 13.
- Pérez García, Pelayo (2005d), «Jovellanos, España y el materialismo filosófico», en *El Catoblepas*, n.º 38, p. 23.
- Pérez García, Pelayo (2005e), «El cuerpo como argumento», en P. Peñalver, F. Giménez y E. Ujaldón, *Filosofía y cuerpo: debates en torno a la filosofía de Gustavo Bueno*. Madrid, Libertarias, pp. 105-114.
- Pérez García, Pelayo (2003a), «El inconsciente y la televisión. El fantasma público», en *El Catoblepas*, n.º 21, p. 17.

- Pérez García, Pelayo (2003b), «El cuerpo como argumento: comunicación al Congreso Filosofía y Cuerpo: debates sobre la filosofía de Gustavo Bueno (Murcia, 10 al 12 de septiembre de 2003)», en *El Catoblepas*, n.º 21, p. 11.
- Pérez García, Pelayo (2003c), «Estivalia 2: fin de verano pasado por Murcia», en *El Catoblepas*, n.º 20, p. 18.
- Pérez García, Pelayo (2003d), «Estivalia: excursión de un diario de circunstancias», en *El Catoblepas*, n.º 19, p. 8.
- Pérez García, Pelayo (2003e), «Lacan y el complejo del hipopótamo: aportación para el Seminario Filosofía y Locura basada en las interpretaciones psicoanalíticas de Jacobo Lacan sobre los mitos griegos», en *El Catoblepas*, n.º 17, p. 4.
- Pérez García, Pelayo (2003f), «Fuera de quicio», en *El Catoblepas*, n.º 13, p. 8.
- Pérez García, Pelayo (2003g), «Líneas perdidas», en *El Catoblepas*, n.º 12, p. 9.
- Pérez García, Pelayo (2003h), «Sostiene Puente Ojea. Con reconocimiento y sin alevosía», en *El Catoblepas*, n.º 11, p. 15.
- Pérez García, Pelayo (2002a), «El ateísmo imposible del señor Gonzalo Puente Ojea», en *El Catoblepas*, n.º 9, p. 1.
- Pérez García, Pelayo (2002b), «Negri-Hardt contra Gengis-Khan», en *El Catoblepas*, n.º 8, p. 10.
- Pérez García, Pelayo (2002c), «Más allá de mi propia sombra...», en *El Catoblepas*, n.º 4, p. 18.
- Pérez García, Pelayo (2002d), «¿Materialismo o Materialismo cuántico?», en *El Catoblepas*, n.º 3, p. 11.
- Pérez García, Pelayo (2002e), «Discusión o Filosofía», en *El Catoblepas*, n.º 2, p. 9.